

## CRISIS DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES: AYER Y HOY

*Crises du clergé: hier et aujourd'hui; essai de lecture ecclésiologique, Lumière et vie, 33 (1984) 90-106*

La cuestión propuesta en 1950 por el canónigo Boulard, Desarrollo o declinar del clero francés, ha recibido una clara respuesta en los hechos: el número de ordenaciones sacerdotales, que en 1947 todavía era elevado, 1647 ordenados, baja inexorablemente con los años, hasta llegar a sólo 97 en 1983; y este descenso comienza en 1935, bastante antes, por consiguiente, de los años conciliares.

### Una situación muy grave

Los estudios demográficos muestran que desde 1947 la tasa de ordenaciones baja un 8 % cada año. A este ritmo, en 1990 habrá en Francia 45 ordenaciones y sólo 20 el 2000. El estudio prospectivo del secretariado del episcopado francés del 1979, más optimista, prevé el mantenimiento de la tasa anual de 100 ordenaciones y hasta el duplo de esta cifra.

En cualquier hipótesis, el grupo más numeroso en 1995 será el de los sacerdotes de 70 a 75 años; estos solos sumarán más que el conjunto de sacerdotes de menos de 50 años. El número global de sacerdotes descendería de 36.000 en 1975 a 8.800 en la hipótesis alta y a sólo 7.800 en la baja, en el año 2015, siendo en este año mayoría los sacerdotes fie más de 65 años, edad actual de jubilación.

¿Está la iglesia de Francia preparada y dispuesta para afrontar tal situación? En todo caso los fieles no están informados de ella y los pastores no parecen darle crédito o, como mucho, piensan que podrá superarse la situación modificando las previsiones, no solamente porque los métodos de promoción han mejorado, "sino porque también el esfuerzo de los obispos, los sacerdotes y los fieles, fundamentado en la fe, la oración y el sacrificio, no puede no ser bendecido por Dios", como declaraba un documento del secretariado del episcopado en 1959.

Sea como sea, esta información permite afirmar que las dificultades no quedan atrás, sino que las tenemos claramente ante nosotros y que quien pensara que en los próximos veinte años la iglesia podría reproducir punto por punto la iglesia actual se situaría fuera de la realidad.

### I. Las crisis del pasado y la forma de su resolución

La historia es necesaria para imaginar el futuro en su continuidad discontinuidad con el presente. Puede servir para evitar las innovaciones según aquellos de que "nada se renueve; sigamos lo que nos lea sido transmitido"; o, al contrario, puede dar pie a la innovación percibida como necesaria al confrontar el "retorno a las fuentes" con un nuevo contexto. En nuestro caso, modestamente y asumiendo los riesgos correlativos,

podemos intentar recoger lo que nos enseñan las crisis anteriormente habidas. De este análisis se desprenden dos consecuencias: 1.a) Las crisis precedentes, independientemente de sus particularidades, fueron superadas según una lógica basada en la constitución cada vez más rigurosa de los sacerdotes en un cuerpo clerical.

2.a) Por el contrario, dadas las inéditas peculiaridades de la presente coyuntura, cabe preguntarse seriamente sobre la procedencia del recurso a aquella lógica históricamente familiar, ya que muchos indicios muestran que el éxito entonces de dicha lógica está hoy en el origen de una parte de las dificultades contemporáneas. En tal caso el recurso a los remedios comprobados agravaría la situación.

### **Una lógica de clericalización del cuerpo de los sacerdotes**

Al final del siglo V se constituye un *clero de oficio* que se orienta hacia *una visión exclusivamente clerical y jerárquica*. Esta óptica se convertirá a lo largo del segundo milenio en la lógica dominante de la resolución de las crisis mayores del clero en occidente.

En la querrela de la investiduras el eslogan, más político que teológico, del cardenal Humbert es revelador: " El deber de los laicos es el de velar por la buena marcha de sus asuntos, pero solamente de los suyos, es decir, de las cosas del mundo. Y el deber de los clérigos es también el de ocuparse en sus asuntos y solamente en los suyos, es decir, en las cosas de iglesia. De la misma manera que los clérigos no se han de inmiscuir en las cosas del mundo, tampoco los laicos se han de inmiscuir en las cosas espirituales" (Lib. de Lite, I, 208). La reforma del clero cáva. efectivamente una fosa entre clérigos y laicos y descalifica a éstos últimos para toda responsabilidad eclesial; simultáneamente se da un considerable desarrollo de la función y poder del clero en la iglesia y en la sociedad. Por razones políticas, el éxito de esta reforma reposa sobre la alianza del papado con un grupo de monjes reformadores, los cluniacenses, alianza que erosiona la consistencia teológica e institucional del episcopado y de las iglesias locales.

Al mismo resultado se llegará en las crisis del XIII y del XVI, con el aumento de poder del papado y cambiando a los cluniacenses por las órdenes mendicantes, primero, y, después, por los jesuítas, ganando cada vez más el papado en poder y no apelando nunca a los recursos del conjunto del pueblo cristiano. Con ello, al mismo tiempo que la iglesia local, se encuentra seriamente debilitada la correlación entre ministros ordenados e iglesia concreta.

### **Concepciones teológicas solidarias de esta evolución**

Sin remontarnos a la retórica de S. Juan Crisóstomo en su "Tratado del sacerdocio" cuando dice "tanta diferencia hay entre los brutos animales y los hombres racionales cuanto es la distancia, y no exagero, entre el rebaño y el pastor", la doctrina del carácter indeleble del sacramento del orden, tal como será entendida y como da pie al tema del sacerdote "*alter Christus*", recogido en las encíclicas papales hasta antes del Vaticano II, será suficiente para comprender el concepto que corrientemente se tiene de los sacerdotes: mucho más próximos a Cristo que los simples fieles, pendiente de ellos toda

la vida cristiana, llamados aparte por una vocación directa de Jesús de la que no gozan los laicos...

Ligando el concepto de carácter al del sacerdocio se da paso a la práctica de las ordenaciones absolutas sin cargo ministerial y a las misas privadas y se origina una consecuencia aún más grave que la sobreestimación del sacerdote, la de su autonomización: el poder sacramental será visto más como un poder personal del ordenado que como el de una persona con una función eclesial. Este enfoque lleva al absurdo de la escisión de los sacerdotes con respecto al resto de la iglesia, descrito así por el profesor Vogel: "El obispo y el sacerdote, aun excomulgados, depuestos de sus funciones, en entredicho, suspendidos a divinis, heréticos, cismáticos, apóstatas, indignos, interponen actos sagrados auténticos (por ejemplo, ordenaciones y eucaristía), si estas actuaciones dimanaran de su cualidad episcopal y presbiteral, o si el obispo y el presbítero llevan a cabo las acciones sagradas siguiendo el ritual previsto en los libros litúrgicos en uso, lo que traduce, según la fórmula clásica, la intención de hacer lo que hace la iglesia".

### **Una lógica poco adecuada para afrontar los problemas actuales**

En resumen, a lo largo del segundo milenio, para superar las crisis del clero se recurre, teórica y prácticamente, a sobrevalorarlo y autonomizarlo en relación a los simples fieles, en un proceso de clericalización progresivamente impulsado: la identidad del clero se liga dialécticamente a la desposesión religiosa de los laicos (los clérigos inculcan a los laicos su no-poder, no-saber) y a la afirmación simétrica para el clero de su propia elección y superioridad.

Un proceso como éste, por cierto no exclusivo del cristianismo, responde a una necesaria división del trabajo, entre otras razones, pero no guarda conexión dogmáticamente necesaria con la realidad teológica de la ordenación; y, si ha sido eficaz en el pasado, no necesariamente ha de serlo hoy, en circunstancias tan diferentes. Así lo piensan muchos historiadores.

Desde un punto de vista eclesiológico creemos que vale la pena elaborar más técnicamente esta intuición.

## **II. Las raíces socio-culturales de las dificultades del clero**

La superación de las crisis del clero por un proceso como el descrito fue posible porque el modelo que elaboraba era funcional y plausible en la sociedad rural y poco instruida del pasado y se inscribía fácilmente en el cuadro patriarcal del ejercicio de la autoridad.

### **El resquebrajamiento de la sociedad tradicional y la crisis de reclutamiento del clero**

En la Francia de hoy los agricultores son el único grupo en el que la práctica religiosa y la ocupación socio-profesional están en correlación positiva y, sin embargo, a pesar de ello, ha dejado de "suministrar sacerdotes". Significativamente también el número de

trabajadores agrícolas ha pasado del 28 % en 1954 al 8 % en 1982. El estudio de Ch. Suaud sobre la región rural de Vendée muestra cómo la crisis de vocaciones está ligada a la reestructuración social y a la escolarización que la acompaña: hoy, para evitar la condición rural, no es necesario pasar por el seminario, opción por otra parte costosa y conducente a una función desprestigiada. A la vez, y según también se ve por lo antes dicho, la caída de vocaciones no hay que atribuirla a un descenso de la fe en la población. Se hace preciso el análisis de las condiciones sociales y culturales en el seno de las cuales se vive la fe cristiana; solamente desde ahí se podrán trazar algunas líneas válidas para reconducir la situación.

Hemos de confrontar la caída del reclutamiento, la pérdida de plausibilidad del modelo clerical a que se refiere, con la desaparición de la sociedad tradicional por la transformación social y cultural de las últimas décadas. En efecto, en el espacio de una generación, la sociedad francesa se ha urbanizado (hoy el 84 % de la población vive en ciudades de más de 3.000 hab.), se ha instruido (hoy un 25 % tiene el bachillerato, contra un 10 % en 1954), se ha tecnificado a ojos vista, ha transformado su visión del mundo por los *mass-media* (hoy el 95 % tiene TV, contra el 1 % de 1954), y sus percepciones éticas están en evolución porque el progreso del saber y de la técnica y los valores se interinfluyen.

En una sociedad tan compleja, el carácter binario clero-laicado deja de ser pertinente y el saber del clero se relativiza, perdiendo su prestigio ante la diversificación del conocimiento y la complicación creciente de los problemas; y, aunque no sean parámetros exhaustivos, la pérdida de funcionalidad y plausibilidad social inciden notable y negativamente en el reclutamiento del clero.

En el reducido ámbito de este artículo nos detendremos brevemente en el análisis de dos aspectos importantes de esta devaluación, para luego hacer algunas sugerencias en las que la teología del ministerio podrá reencontrar las realidades de nuestra sociedad.

### **La pérdida de plausibilidad del modelo "legal-burocrático"**

En 1965 J. Rogé describía al simple sacerdote francés así: "El ideal del perfecto funcionario que el racionalismo moderno habría querido realizar en todos sus servidores: reclutamiento regular por con-vocación y formación precoz, humanismo común por las artes literarias, división del trabajo social en servicios elementales (...) y en servicios especiales (...) reservados a agentes de clase superior, uso continuo del uniforme, movilidad administrativa a determinación del poder central, todo este sueño de planificación social (...) el simple sacerdote francés lo soporta todavía".

Este modelo del sacerdote es homogéneo, difuminadas las iglesias locales en una realidad muy centralizada en la que los obispos son asistidos por un cuerpo mundial de sacerdotes que celebran en latín una liturgia inmutable bajo todos los cielos.

Desde 1960, el movimiento de racionalización de la sociedad occidental pierde plausibilidad. En la iglesia católica, que lo había llevado hasta el extremo arriba descrito, la repercusión del fenómeno es dolorosamente estremecedora. El movimiento del clero contestatario manifiesta la toma de conciencia: se rehúye el uniforme, la adhesión al celibato obligatorio se mitiga, se reivindica la integración en la vida

profesional profana, al mismo tiempo que se rechaza un status económico específico. El fin que se persigue es un ministerio más profético, según las necesidades de la militancia sindical y política, en el seno de la condición social humana. Así, el carisma deja de ser un carisma de función y se convierte en un profetismo verbal o en un carisma personal privado.

Si no se quiere caer en un impasse de falta de plausibilidad -del modelo tradicional por lo que llevamos dicho y del nuevo modelo por el rechazo de la mayoría de los fieles y de los obispos- hay que suscitar de nuevo el papel activo de las iglesias locales (obispos, sacerdotes, fieles) en la elección de los ministros y, sobre todo, en la determinación de su status, no autónomamente, sino en comunión con la iglesia entera y según las necesidades del servicio del evangelio.

Es desde esta perspectiva como las diferencias entre cristianos ordenados y fieles reaparecerán de forma plausible para todos. Y también es probable que, a largo plazo, el futuro del ministerio del orden pase por la vuelta a las iglesias locales como sujetos de derecho y acción.

### **La ausencia de correlaciones estructurales entre sacerdotes y fieles, factor de secularización para los cristianos**

Hasta hace poco una iglesia estructurada rígidamente en gobernantes-gobernados, enseñantes-enseñados, celebrantes-asistentes, garantizaba un servicio eficaz a la vida cristiana. Pero estos cristianos pasivos, hoy, desde su posición de enseñados y en una sociedad en evolución, ¿cómo van a poder dar testimonio de su fe? y ¿cómo van a evitar que ésta se les esfume? El descenso por doquier del número de practicantes y la demanda creciente de formación de los cristianos más activos dan la respuesta a ambas cuestiones. Ambos fenómenos responden a la misma causa: el conjunto de representaciones que vehiculaban la fe no funciona o lo hace mal. Porque la fe, irreductible a cualquier cultura, ha de ganarse sin embargo su parcela en el seno de la cultura en la que se vive, si no quiere perecer.

Este languidecer de la fe, que vulgarmente llamamos secularización, se precipita sobre esos cristianos que no se ven ni como actores legítimos ni como productores de sentido en la vida de la iglesia, en la que el monopolio de la interpretación de la palabra de Dios lo detenta el clero, reservando a los laicos una "tarea de interiorización laboriosa y repetitiva". Así lo que se provoca en los creyentes es una sensación de extranjería, porque ni su experiencia cultural ni su capital simbólico entran en el acto interpretativo.

En tal situación es evidente que no se va a superar la crisis por un reforzamiento del cuerpo clerical, que más bien la empeoraría. Por el contrario la carga de la iglesia, que hasta ahora descansaba sobre el clero, habrá de desplazarse hacia la común responsabilidad de todos los cristianos, lo cual no significa una iglesia sin sacerdotes, sino que, sin que éstos dejen de tomar decisiones, habrá que inventar estructuras de decisión común de ellos y los demás fieles; sin dejar de enseñar, el clero tendrá mucho que aprender; sin dejar de presidir la vida litúrgica, no podrán ser los únicos celebrantes. Toda una nueva dinámica que en muchos sitios ya se va desarrollando.

Ahora bien, un malentendido habrá de ser superado. El encuentro de la fe con una nueva cultura produce inevitablemente fracturas en las formas recibidas de la vida cristiana. Sería desastroso echar la culpa de ellas a la nueva sociedad. Más allá de soluciones deficientes o que tardan en llegar, hay que encontrar los recursos para superarlas en las fuentes teológicas, espirituales e institucionales del cristianismo, puestas a prueba por la situación.

### **III. El futuro: modalidades de una acción coherente**

La previsión del futuro no está al alcance del teólogo. En cambio, puesto que el futuro nace siempre del presente, una interpretación coherente de éste y de las dificultades con las que se encara, sí que puede proporcionar datos que nos hagan capaces de una acción transformadora positiva. Recojamos algunos que se desprenden de lo hasta ahora dicho:

- la pirámide de edades del clero es tal que la articulación de las responsabilidades entre los diferentes colaboradores eclesiales estará cada vez más a la orden del día,
- la baja anual del 2 % de la práctica religiosa y, la del 8 % de las ordenaciones, puestas en relación, nos remiten a una necesidad de inculturación de la fe en Francia, como también en todo el occidente,
- el empuje dado por el Vaticano II a la eclesiología de comunión, a la teología de las iglesias locales y a la interrelación entre pastores y fieles, se muestra cada vez más oportuno para esta coyuntura,
- la dinámica misionera, sensible a una increencia situada ad extra, ha movilizado prioritariamente al clero, pero la misión corre el riesgo de fracasar mientras dominen las categorías de interior y exterior, que impiden darse cuenta de que la estructura de producción del mensaje determina en gran manera su percepción. A partir de aquí se esboza una línea de acción coherente.

### **Modalidades positivas de la acción**

El Espíritu Santo no dispensa a los cristianos de las leyes generales del comportamiento humano. La iglesia, como la sociedad, no se transforma por decretos ni discursos; la transformación no se da si no se ponen determinadas condiciones. Helas aquí:

*Pedagogía:* puesto que toda innovación levanta resistencias, no será lo mejor destacar lo novedoso de ella, antes mostrar cómo la propuesta no es algo peregrino, sino que está en relación con la tradición, valorando lo que aconseja hacerla y sus efectos positivos.

*Institucionalización:* el ejemplo de 220.000 personas entabladas en Francia en la catequesis puede ilustrar suficientemente cómo la institucionalización ayuda a lo que se pretende, ya que nunca habrían podido hablar autorizadamente en esta cuestión, si no se hubieran encontrado en la situación institucional de poder y deber hacerlo.

*Contar con el tiempo:* como un árbol plantado hoy no puede dar sombra sino al cabo de los años, también en la iglesia unos siembran y otros recogen. Porque el sentido de la fe nos precede y nos sobrevive.

*Conjugar una diversidad de modelos:* al modo del ingeniero que construye una nueva carretera cruzando la antigua sin interrumpir el tráfico de ésta, la teología y espiritualidad propuestas habrán de evitar la sobreestimación o el menosprecio del actual *status* del sacerdote, permitiendo apelar a la ordenación de sacerdotes que acepten que otros sean eventualmente ordenados en el futuro según un *status* diferente del suyo.

### **Tres palancas para la acción requerida**

*La formación de los laicos:* dentro de los límites de este artículo señalemos la importancia de la formación teológica de laicos que no desean abandonar su profesión civil ni hacer de la teología una profesión o una cualificación para el ministerio. Ello permitirá desarrollar una riqueza de comunicación sobre la cuestión de Dios en unos entornos sociales en los que los teólogos profesionales difícilmente podrían nunca entrar.

*El desarrollo de los consejos pastorales:* en el tiempo que vienen funcionando, desde el Vaticano II, los consejos pastorales se revelan como un instrumento esencial para la toma de responsabilidades sobre el futuro del evangelio y la construcción de la iglesia por los cristianos unidos a sus sacerdotes.

*El diaconado permanente:* por su capital cultural, su inserción familiar, social y profesional, los diáconos permanentes aportan una savia nueva y un lenguaje diferente en las homilias, las celebraciones, las decisiones; y así son una gran ayuda para rearticular el espacio eclesial y muchos espacios sociales. La presencia de diáconos casados, que ejercen una profesión, llamados a la ordenación sin habérselo planteado originariamente, puede en quince o veinte años transformar la idea rutinaria que uno se hace de la vocación y del clero.

### **Actuaciones necesarias para afrontar un desafío serio**

Queda claro que, ante la crisis presente, si se quisiera continuar "como hasta ahora se ha hecho siempre" se correría el riesgo de precipitar no solamente el declinar del clero, sino también el de toda la iglesia. Pero, como tampoco es lógico esperar decretos que resuelvan la situación, habrá que acompañar procesos que están reclamando ya ser atendidos, los cuales, por otra parte, nada ni nadie prohíbe, todo los recomienda y, en todo caso, se prevén de efectos positivos.

No hay que disimular, empero, el precio de esta evolución: el equilibrio del conjunto iglesia-ministerios se ha de reganar a todo nivel; y habrá que superar obstáculos, el principal de los cuales se encuentra en una excesiva confianza en el valor de la exhortación y el moralismo, allí donde lo que se juega es la obediencia de la fe, que para ser clarificada necesita el esfuerzo crítico de todos. A este respecto hay que denunciar una opinión, actualmente muy extendida, que es sistemáticamente culpabilizante de las

iglesias de Europa occidental y de los EE.UU., e idealizante para las del tercer mundo. Las primeras serían algo envejecido, decadentes, y además minoritarias en una sociedad a la que habrían permitido secularizarse. El futuro se situaría en el tercer mundo que, aparentemente, no ha sido religioso hasta nuestros días. Ciertamente que tenemos que aprender con los intercambios con aquellas iglesias, pero, ¿podemos creer seriamente que los problemas que no hemos resuelto aquí, podrán ser resueltos en otra parte?; ¿cómo aceptar una imagen tan desvalorizada de uno mismo?; ¿en qué puede ayudarnos para nuestra difícil tarea?

El desafío que debemos descubrir es el de la inculturación de la fe en una sociedad altamente técnica y científica, urbanizada y compleja. Descubrir esto es el comienzo de un combate decisivo para el porvenir de la iglesia. Todo lo que nos aparte de tal tarea será intelectual y cristianamente irresponsable y cargado, además, de consecuencias históricas.

**Tradujo y extractó: ENRIC COMAS DE MENDOZA, S.I.**